

# La Palma.

## SEMANARIO DE HISTORIA Y LITERATURA.

DOMINGO 15 DE NOVIEMBRE DE 1840.

Sobre

### la crítica literaria.

La imaginación, ó por mejor decir, la poesía, que no es sino el producto y ejercicio de esta facultad, aunque libre y creadora, se halla también sujeta á leyes; que no estrechan en verdad su círculo, sino que constituyen su esencia. Para todos los objetos hay una ley universal que es la de *ser*, sin que por esto puedan llamarse ménos libres siempre que un ente externo no los limite en su esfera de acción. La misma Esencia increada, madre de todas las esencias, y fuente por esto de toda libertad, tiene la necesidad de ser, y las perfecciones necesarias que de ella dimanar, y no es extraño que la creación poética obedezca á leyes, cuando hay ciertas verdades ó primeros principios que Dios no pudo traspasar en la creación universal. Así que cuando se legisla á la poesía, solo se exige que lo sea; porque allí dónde no hay verdad, ó unidad, ó proporcion, allí tampoco hay poesía.

Los principios literarios son por tanto seguros, esenciales y eternos, como los morales, porque no traen su autoridad de los sabios sino de la ciencia misma, del modo que los otros no la obtienen de los filósofos ni legisladores. Los hombres sin duda pretenderán á veces sustituir

sus teorías á las verdades innatas, sobrecargar con infinitos preceptos aquel código sencillo, y edificar su fábrica sobre las bases inmutables de la naturaleza, pero el tiempo venga á esta pasando sobre el frágil edificio; y abandonando los sistemas á la inestabilidad de la opinión y al juguete de la moda.

De aquí la crítica, que no es sino la aplicación de aquellos preceptos á las producciones literarias, puede llamarse la legislación de la poesía, y es hermana de esta inseparable, ó mas bien forman entrambas una misma ciencia considerada bajo diversos aspectos, y que solo se distinguen entre sí como la contemplación y el juicio de la idea y ejecución.

Sin embargo la crítica no ha nacido sino mucho despues de la poesía, y los principios de la literatura han tardado tanto como los de la moral en reducirse á leyes escritas y sancionadas. Semejantes á los pueblos de los siglos patriarcales cuando vivian sin otra autoridad que la paterna, y sin mas código que el que llevaban impreso en su mismo corazón, los primitivos poetas abandonados á su inspiración se elevaban por el entusiasmo sobre los demas hombres, y sin que el frio análisis se atreviese á ellas producian obras dignas del cielo de donde se creian emanadas. Obsérvase ademas que la crítica apenas se conoce en los siglos mas eminentes en poesía, así como las épocas mas felices para las naciones son aquellas en que el gobierno se deja sentir ménos, y en que vuelan por sí mismas en el camino preparado. Pero en el actual es-

tado de civilización y refinamiento, todo se complica forzosamente así en el orden literario como en el político, y es ocioso al par declamar contra la crítica ó contra las leyes para restablecer un soñado siglo de oro, que fuera entre nosotros de anarquía.

Las obras de imaginación sufren al nacer el mismo juicio que después de su muerte sufrieron los egipcios en sus cadáveres, por el cual se decide si deben ser sepultadas en las aguas del olvido, ó si deben embalsamarse para guardarlas en magníficos monumentos. Verdad es que la injusticia de los sistemas trueca á veces estos juicios, y que juega con éstas glorias el capricho de la suerte; y por lo mismo se dá el poder de apelar de un siglo á otro siglo, hasta que la sancion del tiempo y el testimonio siempre más unánime de las generaciones fijan el fallo irrevocablemente.

Pero el tribunal ante el cual deben comparecer ha de ser presidido por la fantasía y sentimiento más que bien que por el entendimiento y raciocinio. La imaginación, aunque, como las demás facultades, madura con la meditación, se robustece con los años, y multiplica sus fuerzas al par que sus sensaciones ó productos, es una facultad completa por sí sola é independiente, y capaz de adquirir en su línea toda solidez y perfección. ¿Qué parecen á los ojos del hombre positivo los raptos más sublimes del genio ó los rasgos más brillantes de la expresión sino una serie de fantásticos delirios, y de palabras inexactísimas y absurdas? Las vigiliás del erudito, las teorías del ideólogo, los cálculos del matemático ¿pueden producir una centella de poesía? Ella solo debe darse leyes á sí misma, solo la imaginación puede juzgar á la imaginación.

El crítico por tanto ha de ser tan rico de sentimiento y fantasía como el poeta, porque la crítica no es sino el eco de una alma que responde á otra, el sonido que del corazón del que crea viene á vibrar en el corazón del que juzga, cuya simpatía ó discordia decide si son verdaderos ó errados aquellos acentos. Hay más todavía; debe sentir como se siente en ca-

da edad, en cada condición, en cada siglo, en cada clima, si pretende que alcance su jurisdicción á los escritores de todos tiempos y países, y que su juicio sea competente y acatado. Guárdese pues de rechazar por absurdos aquellos acentos que pertenecen á una cuerda harto elevada que solo suena en algunos corazones privilegiados, ó de negar temerariamente aquella armonía que por sublime se escapa de los oídos del comun, para que la queja de no ser comprendidos los poetas, tan nauseosa hoy en los labios de ciertos románticos, no sea alguna vez verdadera. Guárdese también de escuchar las voces de otro siglo con los oídos del suyo propio, y sentenciar á todos por el código vigente; porque el crítico no es llamado á juzgar los siglos sino las obras, y á decidir si son conformes ó superiores en sus bellezas á la época que las produjo.

He aquí porque casi todos los literatos del siglo pasado desconocieron cualquier poesía que no fuese vestida con las galas cortadas por su modelo, y desdeñaron los monumentos de naciones remotas ó menos cultas, tan abundantes en imaginación como en fé y sencillez. Como si la humanidad, en todas las circunstancias así individuales como genéricas, no tuviese más que una voz y un sentimiento que expresar, rara vez preguntaban al autor juzgado en qué año naciera, en qué creencias, y entre cuales hombres se había nutrido, qué nombre había llevado en la sociedad, cual fuera el estado de su corazón. Pretendían examinar las obras en abstracto arrancándolas, por decirlo así, de su suelo, como las plantas que disecca el naturalista, sin advertir que toda la hermosura y lozanía de ellas eran debidas al terreno que las nutria. Y personificando el genio y la belleza en algunos hombres, dignos representantes sí, pero no únicas fuentes de ella, juzgaban á los demás no por razón ó principios sino por su mayor ó menor conformidad con aquellos modelos. El espíritu y el ingenio usurpaban el lugar de la fantasía; y la imaginación no era á sus ojos sino una niña ciega y débil conducida en brazos del entendimiento, que á ciertos in-

tervalos y en circunstancias dadas le mandaba entusiasmarse y dar algunos vuelos compasados.

En el día la crítica ha dilatado su importancia y relaciones al par que la poesía su horizonte, porque ha podido reconocerse que no era esta una ciencia, como por sumo favor se la juzgaba, encerrada en un círculo de materias, sino un modo de ver que se extiende sobre todas las ciencias y todos los objetos, el vínculo que une las cosas con nuestra imaginación, el ejercicio universal de esta facultad del alma, cual el conocimiento lo es de la mente, y la representación de la memoria. Así es que se busca en cada objeto el principio poético que en sí esconde, se siguen los eslabones de la inmensa cadena que todo lo enlaza así en literatura como en historia, se aproximan los siglos y los individuos entre sí para compararlos y juzgarlos mejor, y se estudia en el hombre moral al hombre literario, uniéndose estrechamente la crítica con la biografía. Y sobre todo, el corazón humano, cuya voz se ha dejado oír en juicio, ha visto analizadas sus situaciones y apreciados debidamente sus afectos y heridas, descubriéndose más y más la misteriosa correspondencia que guardan los acentos de una lira con la mano del que los vibra, y los oídos de los que escuchan.

Quizá la crítica moderna podrá ser notada de cierta especie de fatalismo por conceder harta influencia sobre las producciones literarias como sobre las demás cosas á las razones de siglo, de clima y de nacionalidad; de llevar demasiado lejos el espíritu de generalizar y de comparar; de haber convertido la literatura en una palanca de la sociedad, atribuyéndole una fuerza que conmueve los espíritus más bien que los corazones; y de abusar con frecuencia de su poder, ora flexible y burlona como un espíritu de mundo, ora misteriosa como la Pitonisa en sus oráculos. Esos extravíos de la crítica los corrige fácilmente la crítica misma en los países donde está arraigada; no así en España, donde, es preciso decirlo, apenas hay rastro de esta noble magistratura, cuya falta es tan

fatal á sus adelantos. En literatura como en política, cuando una nación carece de leyes ó de tribunales, puede asegurarse que está en la anarquía, ó que se rige por el código de otra nación que la domina y tiraniza. ¿Será acaso esclava, ó será nula en nuestra patria la literatura?

El primer efecto de la falta que lamentamos es esa democrática igualdad que nivela todos los nombres, y que confunde los talentos con la medianía. ¿Quién sabe distinguir y apreciar entre nosotros á Zorrilla con la abundancia y riqueza de su vena, á Hartzembusch con la magestad y robustez de su dición, á Salvador Bermudez de Castro con sus versos que suenan como una triste y dulcísima música, y á algunos otros escogidos, de la turba de jóvenes poetas tan conocidos como ellos y tanto menos dignos de serlo? ¿Quién guarda en su memoria el título de tres ó cuatro dramas buenos de entre tantos como han llenado nuestro teatro raras veces mejor ocupado por originales que por traducciones? El camino de la poesía muy más ancho y ameno que el de la crítica ha tentado á muchos, y ha dejado la escena literaria llena de actores, y vacía de espectadores y de jueces; y entre los que juzgan pocos hay que tengan valor para renunciar al ventajoso comercio de aplausos, y á esa sociedad de seguros mutuos, cual festivamente se ha dicho. ¿Cómo se esplicaran de otro modo tantos panegíricos en vez de juicios? No es tan perfecta nuestra literatura que apenas tenga que reprender, ni se halla tan abatida, que merezca la irónica sonrisa de aprobacion con que un literato desauca la obra pésima é incurable que se le consulta.

Los nombres de Larra y de Lista son en crítica respetables, pero un hombre grande en este género es lo que un juez íntegro é ilustrado para un reino, y poco se gana si no se inculca en una generacion entera el espíritu de análisis y observacion. La crítica se reduce comunmente entre nosotros á protestas interminables y ociosas, á generalidades vagas, y á algunos fragmentos de la obra examinada inter-

polados con algunas exclamaciones del examinador, ó con la cita de faltas que apenas se llaman *lunares*. De aquí los medianos cobran audacia y no talentos; y los superiores se duermen sobre sus laureles creyéndose llegados al término de su carrera; y solo en nuestros días se ha visto el lastimoso espectáculo de varios genios que no han correspondido á las esperanzas que su primer obra anunciaba, seres decrepitos desde los primeros pasos de su juventud, hermosas flores entreabiertas que ha ahogado el excesivo riego de un imprudente cultivador. ¿De qué sirven aplausos en que no cree el que los dá, ni muchas veces el que los recibe? ¿Qué valen las coronas á precio tan barato? ¿Creeis que se pueda dormir en la tumba tranquilamente, con la seguridad de que tales elogios sobrevivirán á la muerte?

Quizá se nos replique que el patriotismo y el deseo de animar á los jóvenes suaviza la crítica muchas veces, y que nuestra literatura por otra parte se halla en el primer período de su juventud, época que no es por cierto la del análisis y reflexión. En cuanto á lo primero creemos que el mejor patriotismo es el evitar á nuestra patria el descrédito y humillacion en que ciertos escritores la sepultarian; y que el mejor incentivo para el genio es el de no confundirle con la muchedumbre, y de no envilecer á fuerza de prodigarle el premio á que aspira. A lo segundo diremos, que nada hay mas temible que un joven con todas sus fuerzas é inesperienza, sin leyes que le rijan y sin freno que lo reprima.

J. M. Q.



## DOS MESES DE AUSENCIA.

Tenia yo un amigo, el cual amigo á pesar de que no ha muerto y le suelo ver todos los días, no es ya mi amigo, cosa que tal vez me probaria si yo fuera aficionado á sacar consecuencias, que no tenia tal amigo sino una cosa á la que daba este nombre. Este amigo pues, que no era amigo, se llamaba Pepe, y este nombre tan español y aun algo zandunguero, era una de las penas que mas le atosigaban.—¡Pepe! solia exclamar con desden. ¡Pepe! ¡Vaya un nombre...! Amigo mio; es preciso confesar que en España somos muy brutos.—A lo ménos hay algunos; contestaba yo mirándole.—En Francia... oh! en Francia se oyen nombres bonitos. Eugenio; por ejemplo... ¿No te gustaria llamarte Eugenio?—Para qué?—Para qué, para qué...! Me cansas con tu sorna. Apuesto á que te seria indiferente llamarte Pepe ó Eugenio.—Ya se ve que sí.—Calla, hombre, calla por Dios... Pepe! que nombre tan necio? Hasta me da corage.—Y ya le tenian VV. de mal humor.

Mi amigo padecia un dolor reumático que le incomodaba bastante amenudo. Los médicos le aconsejaban los baños de Cálidas, como los mas apropósito para librarle de su dolencia; pero el muy bárbaro habia resistido siempre á todas sus amonestaciones.—¡Cálidas...! exclamaba con desprecio. ¡Baños españoles! En España no hay aguas.—Pero hombre, si son milagrosos para reumatismos.—¡Disparate!—¿Y la esperiencia?—Ha mentido.—Pues entonces...—Iré á Francia; sé cierto que me curaré.—Y efectivamente marchó á Francia.

Dos meses poco mas ó ménos hacia que faltaba, cuando recibí la siguiente carta fechada en Barcelona.

«*Mon cher ami;*  
 «*Dimanche j'aurai j'espère le plaisir de t'embrasser. Je suis si malade que le jour ou je t'ai quitté. Cependant je ne me suis pas repenti d'être venu á Montpellier. A Caldas j'aurais em-*

*piré j' en suis sûr. Ne dis rien à ma mère de mon état. Je veux lui épargner l'alarme que cette nouvelle lui donnerait à coup-sur.*

*Adieu mon cher Simon. Toujours ton affectioné. — Josef.»*

¿Qué diablos le habrá movido á ese hombre á escribirme en frances! exclamé. ¿Despreciará acaso nuestra lengua tan rica, tan hermosa y tan sonora, y á la cual tienen envidia los mismos franceses, ó bien querrá darme una prueba de los adelantos que en el idioma de aquellos ha hecho? En fin, allá veremos.

Llegó el domingo, y no bien el vigía de la puerta del muelle habia puesto la última señal, cuando me dirigí apresurado al puerto. A poco rato fondeó el vapor, y apénas acabada la visita de sanidad, cuando atravesando por entre la multitud de curiosos y mozos de cordel que me ofrecian sus servicios, me hallaba en brazos de mi amigo. — Pepe! — Simon! — Estás mas flaco. — Eh! — Con qué no ha habido mejora? ¿Por qué no fuiste á Cálidas? — *Fi donc!* — ¿Te has puesto anteojos! exclamé, reparando entonces en su traje. Llevaba una gorrita blanca muy cuca con sus correspondientes borlitas verdes, un leviton hasta los talones y unas botas blancas de ante. Habíase quitado el vigote que tan bien le sentaba, y dejádose en su lugar patilla corrida, si bien de un dedo solo de ancha. Los anteojos cuyos vidrios segun pude notar, tenian el mismo grado que los que se ponen en las ventanas y balcones, completaban el adorno de mi buen Pepe, quien medio en frances y medio en castellano respondia á todas mis preguntas con un aire que participaba de serio y de triste ó distraido. El pobre queria hacerme comprender que una revolucion de ideas habia pasado por él, durante los dos meses de su permanencia en Francia. Salimos por fin del vapor y nos dirigimos á su casa. — ¿Qué es esto? me preguntó señalándome la plaza que se construye en frente de la puerta del muelle. — Esto es una plazuela que se va á hacer aquí. Es una mejora. ¿No es verdad que estará bien? — Pst... Si esto se... se... se *faisait*... ¿Cómo decis vosotros? — ¡Vosotros! — Si; en España ¿cómo se

dicc? — Se hiciera. — Pues bien: Si esto se hiciera en Francia, no digo que nó, pero en España! España es el pais de las medias. — ¡Cómo! ¿De las medias! — Si hombre. *Des choses á demi.* — Ah! — Y me encogí de hombros no sabiendo de que calificar á mi amigo; si de tonto ó loco. Al llegar á la calle de Carasas, vi que iba á entrar en ella. — Adónde vas? le dije. — ¿No es por aquí mi casa? Miréle sorprendido. — ¿Qué estás diciendo maldito! Has olvidado ya que vives en frente de san Nicolas? — San Nicolas! Ah! en efecto.... creo que si.... mira; lo mejor que puedes hacer es guiarme, porque sino me perderé. — Creo que ya has perdido algo.

Por fin llegamos á su casa donde le esperaba su madre impaciente y varios amigos íntimos. Abrazó á todos, é iba á hacer lo mismo con la esposa de uno de ellos á no haberle detenido el marido. — En Francia es uso, dijo con la mayor frescura. — Pero aquí no. — Gazmoñerías españolas...! añadió con desprecio, miéntras la bella esposa se sonreia, hecha una grana. Pero el marido que á la cuenta estaba muy á favor de esas gazmoñerías, tomó el sombrero y se largó con su muger. Aquella mañana se pasó toda en agasajos de su madre y preguntas de sus amigos, á las cuales contestaba él, poniendo siempre por delante «En Francia..... oh! en Francia» etc., etc. Llegó la tarde, y fuí á buscarle para ir á la Rambla. Nunca tal hiciera! Un conocido mio frances juntóse con nosotros. Apénas supo Pepe que era frances, cuando la conversacion dejó de ser española. Pobre patria mía, cómo te pusieron! El frances que vió el entusiasmo de Pepe por su nacion, comenzó á comparar y á exagerar. Costumbres, teatros, paseos, mugeres, tiendas; todo, todo fué pasado en revista, resultando de ella, que la Francia era un paraiso y la España un muladar. Hasta la airosa mantilla fué despreciada, y ensalzado hasta las nubes el sombrerito. Quise levantar mi voz para defender á mi pobre nacion, pero no fué oida. Tanto orgullo en el uno y tanta bajeza en el otro me indignaron. Despedíme secamente de ellos, y desde aquel momento perdió mucho de mi amistad el tal Pe-

pito. Sin embargo, habiéndole encontrado por la noche en el teatro, me detuve á hablar con él.—Amigo mio, me dijo. Esto es *pitoyable*. En Francia...—Volvíle la espalda inmediatamente.

Un mes ha pasado, y mis relaciones con Pepe están enteramente rotas. Hace cuatro días que fuí á su casa, y no habiéndole encontrado, entré á ver á su madre. La pobre señora me habló al momento de su hijo, y en el modo con que se espresó, conocí lo apurada que se veía. Díjome que se habia empeñado en enseñarle el frances, y que ella no habia querido. Que pretendia poner chimeneas en todas las piezas de la casa, y que una vez que ella le habia indicado algo sobre casarse, habia contestado que no queria hacerlo, porque nuestras mugeres no tenian un *aire distinguido*. Contóme en seguida que una noche la precisó á servir el té á cinco ó seis franceses, y los apuros en que se habia visto por ignorar enteramente como manejarse, y en fin, que siempre estaba quejoso, pues nada de lo que se hacia era de su gusto. Habia despedido á la cocinera y variado las horas de comer.—Vea V., me decia la pobre señora muy apurada. Yo que por espacio de sesenta años he tomado mi chocolate luego de levantada, y he comido á las dos, y cenado á las once, verme ahora en la precision de hacer solo dos comidas, una á las diez y otra á las cinco de la tarde! Mi hijo, es cierto, me ha dicho que podía seguir como ántes, pero yo no he querido porque, la verdad, eso de comer y no tenerle á mi lado es muy duro para mi corazón. Y no para aquí la cosa. Ha desterrado nuestra sopa y puesto en su lugar una especie de sémola, con tres ó cuatro mendrugos, á la que él llama corton, ó carton, ó... — *Au crou-tons*, querrá V. decir.—Cruton, eso es. Cocido tampoco tenemos. Dice que hay demasiada sustancia, y que en Francia no se come. ¡Mire V. que razones! ¿Y qué me importa á mí que en Francia se coma ó no se coma? ¿Es la Francia acaso mi médico para prescribirme un régimen así? Y sobre lo de si nutre demasiado, yo estoy por las cosas sustanciosas, que esas son las que dan vida; no es verdad, Simon? Y por

qué en Francia no tengan sustancia, ¿les hemos de imitar nosotros?—Tiene V. mil razones señora.—¿Y qué diré luego de cierto plato, que sale á la mesa la mayor parte de los días, y que al principio solo con verlo casi me hizo arrojar todo lo que habia comido?—¿Y que plato es ese?—¿Qué sé yo? Un plato de Satanás, ó por mejor decir de salvajes. Figúrese V. un asado crudo y que chorrea sangre por todas partes.—Ah, eso es un *beefsteck*.—Creo que se llama así. Mi hijo dice que lo *ama* mucho; pero lo cierto es que tanto como á él le gusta, á mí me da pena que le guste, porque se me figura que solo á los antropófagos puede agradar la carne cruda... antropófagos ¿he dicho bien?—Si señora, si.—Es que hay ciertos nombres en que no estoy muy corriente, añadió la buena señora con sencilla ingenuidad.

Refirióme en seguida mil otras circunstancias que me hicieron creer si efectivamente Pepe habria perdido el juicio. Pero lo que mas angustiaba á la pobre madre, era el no querer casarse su hijo.—Maldito *aire distinguido*! esclamaba. Mire V. que tiene que ver ese ó el otro aire para que una muger sea buena esposa! Y no se casará, Simon. Ya lo verá V. Mi hijo no se casará, ó si lo hace, será con alguna francesa á quien yo nunca podré entender. ¡Pobre hijo mio! Me le han engatusado, estoy segura.—

Consoléla lo mejor que pude, y le ofrecí hacer cuanto estuviese de mi parte para desimpresionar á su hijo de tales manías. La pobre me dió las mas espresivas gracias, y yo me despedí de ella, con ánimo de hablar á Pepe. Poco tardó en presentármeme la ocasion; pero esta ocasion lo fue de un rompimiento formal entre los dos. Al querer convencerle de lo ridículo de su conducta, me respondió burlándose de mí, usando de espresiones algo duras, á las cuales contesté incomodado con otras por el estilo. En fin, reñimos. Desde entónces nada he sabido mas de él, sino que es la mofa de sus compañeros. Lo merece porque renegó de su patria.

SIMON.

## LA LAMPARILLA.

1734.

## ROMANCE PRIMERO.

Al pié del vasto edificio,  
Sagrada, y suntuosa mole,  
Que los siglos respetaban,  
Y han devorado los hombres;  
Yacia un antiguo templo  
De mezquinas dimensiones,  
Cual arbusto que vegeta  
Al pié de frondoso roble.  
Ningun adorno se via  
En sus muros exteriores,  
Ni graderías de mármol,  
Ni columnas, ni florones:  
Ni á sus lados descollaban  
Afiligranadas torres,  
Ni brilló su claraboya  
Con vidrios de cien colores:  
Sencillas eran sus puertas  
Cual las de nuestras mansiones,  
Sin capiteles corintios,  
Sin arabescas labores.  
Solo en el ruin frontispicio  
Colgaba un retablo pobre  
De Jesus, ensangrentada  
Su espalda por los azotes,  
Y una lámpara delante,  
Con sus vivos resplandores,  
Alumbraba la plazuela,  
Y el aspecto del Dios-hombre.

Cierta noche de noviembre  
Cubierta de nubarrones,  
Tambien proyectaba al suelo  
La sombra de un ser inmoble.  
Era la noche medrosa,  
Soplaban los aquilones,  
Un frío helador cuajaba  
Los hacinados vapores;  
Y él allí, cual centinela  
Arrimado al duro poste,  
Clavada á lo alto su vista,  
Puesta la mano á su estoque.  
Un ancho sombrero impide  
Que perciban sus facciones;  
Y su cuerpo todo envuelve

El embozo de un capote;  
Asi es que semeja un busto  
De alto relieve, que sobre  
La cubierta de una tumba  
Destaca fiero y deforme.  
Mas, ¿por qué durmiendo todos  
El miserable, y el prócer,  
Uno entre colchas de seda,  
Otro en inmundos jergones;  
El allí arrobado sufre  
De la estacion los rigores,  
Cual si le tuviese asido  
Oculta mano de bronce?  
Por qué sus negras pestañas  
Están inmóviles sobre  
Aquellos ojos, que lucen  
Como encendidos carbones?  
Por qué tan atento escucha  
Si ningun rumor se oye?  
Por qué tan atento acecha  
Los fronterizos balcones?  
Aguarda tal vez que á ellos  
Candorosa niña asome,  
Para entablar con misterio  
Sabrosísimas razones?  
O aleve tal vez pretende  
Que sus requiebros deshonren,  
Y sus perjurios destruyan  
La virtud de incauta jóven?  
Nó; mil veces mas inicuas  
Son sus esperanzas torpes:  
Sus deseos son infames,  
Adulterio sus amores.  
Espera á la fementida  
En cuyos brazos traidores  
Duerme sin algun recelo  
Su escarnecido consorte.  
Si á su sabor penetran  
Los ojos observadores  
El denso muro de carne,  
Que en su seno al alma esconde;  
Si en una frente impasible  
Caractéres exteriores  
Revelasen las ideas,  
Designasen las pasiones,  
Cual en urna funeraria  
Las doradas inscripciones  
Revelan el dueño oculto  
De sus cenizas informes;  
Cuánto pudiera leerse  
En aquella frente inmoble?  
Qué lucha de pensamientos  
En aquella hora sin nombre?  
Al paso que se aproximan  
Los momentos en que logre  
Las caricias depravadas,  
Que su delito coronen;  
Campos aéreos de ventura

Medio estático recorre  
 Y su corazón se embriaga  
 De balsámicos licores.  
 Se empapa su fantasía  
 De pensamientos de goce,  
 Y de su pasión inmunda  
 Anticipa los transportes.  
 Imágenes de mollicie,  
 Voluptuosas creaciones,  
 Brillan, cruzan, se aglomeran  
 Como Sifidas de un bosque.  
 Entre ellas el desosiego  
 Remueve sus agujones,  
 Cual una hortiga cogida  
 Entre un manojito de flores.  
 Un presentimiento obscuro  
 Cuya esencia desconoce,  
 Le deslustra, y ennegrece  
 Sus doradas ilusiones.  
 Bien procura ahuyentarlo  
 Recordando los favores  
 Que alcanzó de su querida,  
 Que encubrió la opaca noche;  
 Al importuno fantasma  
 Que le inquieta, y sobrecoge,  
 Ni el porvenir le disipa,  
 Ni lo pasado le absorve.  
 Será tal vez que el peligro  
 A su fantasía asome?  
 Si despertara el marido....  
 Oh! le mataría entonces.  
 Esta idea le estremece,  
 Y de la contera el roce  
 Deja sentirse del templo  
 En los negros paredones.

Maldice en secreto al tiempo  
 Que mientras halaga corre,  
 Y cuando veloz le ansian  
 Sus alas maligno encoge.  
 Le parecen estantíos  
 Los momentos precursores  
 De aquellos, que á pesar suyo  
 Desparecen tan veloces:  
 Y hundido en un purgatorio  
 De zozobras y temores  
 Espera después un cielo....  
 A un crimen le da tal nombre!  
 Que á todo placer del mundo  
 Secreta mano emponzoñe!  
 Amargos serán los frutos  
 Pues que hediondas son las flores.

Vecina del pobre templo  
 Se eleva cuadrada torre,  
 Que marca al tiempo los pasos  
 Con su campana de bronce.  
 De improviso el imponente  
 Y triste silencio rompen

Seis martilladas que indican  
 Cual hora es ya de la noche.  
 Percíbense todavía  
 Las postreras vibraciones,  
 Cuando con chirrido sordo  
 Suenan también unos goznes,  
 Y en el balcon observado  
 Blanca figura descoge  
 Una escala, que suspende  
 De los hierros superiores.  
 Su natural movimiento  
 Recobra el fantasma entonces,  
 Cual si le soltara súbito  
 La mano que allí clavó.  
 A la cuerda se encamina,  
 Trepando por sus escalones,  
 Y en el balcon salta apenas  
 Cuando tras sí la recoge.  
 Ya las entornadas puertas  
 Los dos fantasmas esconden;  
 Y nada turba el silencio  
 De aquellos alrededores.  
 La justicia de la tierra  
 Bajo ricos artesones  
 Dormida está: duerme el mundo  
 En un lecho de vapores:  
 Duermen en la parda esfera  
 Las estrellas de la noche;  
 Y sin sobresalto duerme  
 El ultrajado consorte:  
 Solo parece despierta  
 Con sus vivos resplandores  
 La lámpara, que ilumina  
 El aspecto del Dios-hombre;  
 Símbolo del ojo eterno,  
 Que vela sobre los orbes,  
 Y abarca con su mirada  
 Un infinito horizonte.

T. A.



PALMA DE MALLORCA.

Imprenta nacional á cargo de D. Juan Guasp.